

obligaciones domésticas, no pueden estar mucho tiempo en la iglesia ; y si no procura despacharlas pronto, haciendo que puedan comulgar antes de la primera misa, tendrán que desistir de confesarse frecuentemente, con no poco detrimento de sus almas.

Para atraer gente al confesonario, y hacer que se generalice en una parroquia la costumbre de confesar y comulgar cada mes, hay un medio tan seguro como sencillo. Establézcanse la Cofradía del *Corpus* y la del santísimo Rosario, excítese á los parroquianos á entrar en ellas, háganseles ver las muchas gracias é indulgencias que pueden conseguir confesando y comulgando los primeros y terceros domingos; y puede el cura estar cierto que no le faltará trabajo en tales dias. Si, fuera de estos, hay alguno que acuda para confesarse, óígale con todo amor y afabilidad; haciéndose cargo que los que acuden en dias de trabajo, ó en horas desacostumbradas, lo hacen generalmente, ó porque tienen gran necesidad de desahogarse, ó porque desean hacer una confesion general.

CONFESORES EXTRAORDINARIOS.

Basta tener un poco de experiencia en la direccion de las almas, basta poseer algun conocimiento del corazon humano, y aun del suyo propio, para comprender que donde los feligreses están siempre precisados á confesarse con el cura párroco, han de abundar sobremanera las profanaciones y los sacrilegios. El descubrir las propias flaquezas á un confesor desconocido, es cosa que á muchos ya les arredra y asusta : ¿qué ha de ser, pues, cuando se está precisado á descubrirlas á un confesor que, siendo el propio cura, conoce perfectamente al que confiesa, le llama por su propio nombre, quizá le honra con su confianza y amistad, y le tiene en el mejor concepto? Cosa es esta tan penosa y repugnante á la flaqueza humana, que muchos, antes que hacerla, prefieren cargarse el alma de sacrilegios y precipitarse en la eterna perdicion. Créannos los señores curas, crean á quien les habla en nombre de Jesucristo y de las almas redimidas con su sangre, y les dice lo que le ha enseñado la experiencia : en las parroquias donde no hay proporcion de confesarse con otro que con el cura, se callan muchos pecados por vergüenza, se hacen muchas confesiones y comuniones sacrílegas. Ellos no lo piensan así, antes viendo que sus feligreses apenas se confiesan de culpa grave, creen cándidamente que son otros tantos Abeles en la inocencia, y aun se dan á sí mismos el parabien de tener un rebaño tan puro é incontaminado. Pero siéntense en el confesonario en tiempo de alguna mision, oigan las confesiones de es-

tos Abeles cuando algun predicador haya logrado introducir la agitacion en los espíritus y la alarma en sus conciencias, y entonces verán lo que hay, y entonces se desengañarán. Sin duda les acontecerá lo que aconteció á un cura, en cuya parroquia dió una mision el que escribe este artículo. Al principiarla, nos dijo el cándido párroco con la mejor buena fe: «En «mi parroquia no hay, por la misericordia de Dios, grandes «abusos que corregir: fuera de alguno de esos reniegos usuales, creo no encontrará V. otra cosa en el confesonario.»— «Señor cura, le respondimos, si Dios nos hace la gracia de que «la mision haga fruto, y V. se sienta estos días en el confesonario, tal vez no tardará mucho en mudar de opinion.» En efecto, no habian pasado seis dias cuando le oimos exclamar: «¡No creia yo que en ese pueblo hubiese tanto lodo!»

Para no tener que sufrir semejantes desengaños, que por cierto son muy amargos para un cura que, como el que hemos citado, tenga un vivo celo de la salvacion de sus feligreses, el gran medio es, llamar de tiempo en tiempo confesores extraordinarios ó forasteros, con los cuales puedan los parroquianos hacer la confesion con entera libertad, y reparar los sacrilegios cometidos en las confesiones anteriores. Pero es menester llamar buenos confesores, confesores sábios, prudentes, celosos, ilustrados en la ciencia de la salvacion, imbuidos de buenas doctrinas, y que sepan guardar un justo medio entre aquella severidad que desazona y retrae de los Sacramentos, y aquella condescendencia blanda que absuelve indistintamente al habituado y al que vive en ocasion próxima, lo mismo que al que está animado de sentimientos de verdadera penitencia: confesores que, conociendo el mundo, sus usos y los desórdenes que suele haber en las parroquias, procuren apoyar los avisos juiciosos del párroco que los ha llamado: confesores, en fin, que no teniendo otra mira que la

salvacion de las almas, solo busquen destruir el reino del pecado con avisos prudentes, reconvencciones caritativas y demás medios que sugieren el celo y la virtud. Todas estas calidades son indispensables en los sacerdotes que el cura llame á su auxilio; y si carecen de ellas, quizás destruirán en pocas horas lo que le habrá costado muchos años de trabajo para ponerlo en pié.

Si el cura no pudiese hallar otros sacerdotes que quisiesen prestarle este interesante servicio, podria valerse de los párrocos vecinos, con tal que siguiesen una misma práctica en el confesonario. En tal caso seria muy útil que el domingo antes del dia señalado para oír las confesiones de los feligreses, dichos curas se reuniesen en la misma parroquia, y esto por dos fines: primero, para ponerse de acuerdo sobre el modo de proceder en la administracion de la Penitencia respecto de ciertos pecados y abusos; segundo, para hacer una funcion preparatoria, en la que uno de los curas que mas se distinguen en el púlpito tratase en un sermón algun asunto propio para despertar la fe y revolver las conciencias, como por ejemplo, el callar pecados por vergüenza, la eternidad, el juicio, el infierno, etc. Si esto se hiciese, se notaria mas sinceridad y fervor en los penitentes, y no se veria esa frialdad y dureza que se observa en ellos, cuando vienen á confesar sin haberlos preparado de antemano.

Como quiera, ya llame el cura á sus vecinos, ya llame á otros confesores, á su prudencia pertenece dar á sus parroquianos la mas completa libertad para confesarse con el que sea de su gusto: si en este punto los constriñe, los pone en la ocasion de hacer confesiones sacrilegas, y los entrega al poder del demonio mudo.

NIÑOS.

Por mas abandonada que haya estado una parroquia, por muy hondas y antiguas que sean las raíces que el mal haya echado en ella; queda al cura un medio para regenerarla en pocos años, y un medio igualmente sencillo que seguro. ¿Sabéis cuál es? Es aplicarse con grande atencion y cuidado al cultivo de los niños. Apoderaos de esta porcion, todavía no pervertida, de vuestra grey; esmeraos en conquistarla con tiempo para Dios; echad en buena hora la semilla de virtud en su inocente corazon; fomentadla con vuestra solicitud y desvelos: y dentro ocho ó diez años tendréis el indecible consuelo de ver que vuestra parroquia ha cambiado enteramente de aspecto, siendo un hermoso jardin de virtudes la que era un inundo lodazal de pecados. ¿Cómo así? Vedlo: esos niños, á quienes habeis preservado de la corrupcion é inspirado la virtud, dentro ocho ó diez años serán tantos, que llegarán á formar una parte muy considerable de la poblacion. Entre tanto habrán ya muerto muchos de los viejos obstinados, algunos tal vez habrán entrado en mejor camino: de los jóvenes traviesos unos habrán salido de la parroquia, otros habrán tomado estado, otros se habrán convertido á Dios: y así, reducidos los malos á un número muy escaso, ó se verán precisados á ceder ante la multitud de los que van subiendo con buenos sentimientos, ó tendrán que ocultarse, cubierto el rostro de vergüenza.

Quizá algunos de esos mismos que habréis educado bien desde su mas tierna edad os darán el disgusto de pervertirse

en llegando á los veinte ó veinte y cinco años, pero aun cuando sea así, os quedarán muy fundados motivos para esperar que la semilla de virtudes que arrojásteis en su corazon brotará á su tiempo, y ellos volverán al buen camino del que se extraviaron. Porque las primeras impresiones rara vez se borran del todo; y si en el ardor de las pasiones se tiene la desgracia de olvidarlas, no se tarda á volver en sí, despues que han pasado las primeras ilusiones. Volverán ciertamente los mas, no lo dudeis: y siendo con el tiempo buenos padres de familia, os ayudarán á perpetuar la piedad en vuestra parroquia, y recogeréis los frutos del cuidado que hubiéreis empleado en bien formarlos.

Lo primero que se ha de hacer con los niños, para formarlos bien, es conquistar su corazon. Esta no es cosa muy difícil, pues los niños se dejan ganar con solo manifestarles amor y afabilidad en la calle, en casa, en la iglesia y en la confesion. Una vez ganado su afecto, se hace de ellos todo lo que se quiere. Entonces se procura aprovechar la buena disposicion en que se los tiene, y sacar de ella todo el partido que sea posible. Se los catequiza á menudo: se los acostumbra á estar modestos en la iglesia: se les inspira el amor á la oracion; y se los induce á confesarse con frecuencia. En el confesonario es donde principalmente se ha de procurar conciliarse el afecto y confianza de los niños. Si se los trata con bondad y cariño, toman gusto á la confesion, aceptan gustosos los pequeños avisos que se les dan, abrazan las cortas prácticas de devocion que se les encargan, toman sentimientos dignos de Dios, conciben devocion y ternura hácia María santísima, cobran grande horror al pecado, y no contraen los malos hábitos propios de su edad; viéndose á muchos de ellos atravesar la época mas peligrosa de la vida, sin haber perdido la inocencia bautismal.

Nada, ó muy poco de esto se conseguirá de ellos, si solo se los llama á la confesion una vez al año, como sucede en algunas parroquias. Seria de desear que se hiciese con mas frecuencia, á saber, en las poblaciones poco numerosas cada tres meses; y en las que lo son mas, tres veces al año; destinando para esto las fiestas en que no haya adultos que confesar. Haciéndolo así, se conseguirian muchas ventajas: se les quitaria la repugnancia que naturalmente tienen á la confesion, se les acostumbraria á la frecuencia de Sacramentos, y se tendria ocasion de darles los avisos y correcciones de que tienen mas necesidad. Pero repetimos que á los niños es menester tratarlos con mucha afabilidad y dulzura: se les ha de hablar con la familiaridad y agrado que les hablan sus madres, *Tamquam si nutrix foveat filios suos*, á fin de sacarles de la boca lo que de otro modo no se atreverian á decir: no impacientarse con ellos, aunque se obstinen en no responder, aunque respondan á bulto ó hablen fuera del caso. No es menester mas que una palabra un poco dura para cerrarles los labios, y darles tal aversion á la confesion, que acaso no se les quitará en toda su vida. Es necesario tener paciencia con ellos, acordándonos que fue menester que en nuestra niñez la tuviesen con nosotros, y que el divino Salvador rebosaba bondad para con los niños.

Toda la mira se ha de dirigir á destruir en ellos el reino del pecado, y establecer el de la virtud. Por esto la principal atencion se ha de poner en prevenir ciertos desórdenes de la infancia, que suelen ser origen y manantial de los que dominan en edad mas adelantada; como son ciertos juegos poco honestos, la sobrada familiaridad entre niños y niñas, el dormir juntos hermanos y hermanas, ó los hijos con sus padres, la demasiada libertad en recorrer las calles, etc. Basta tener alguna experiencia del confesonario para saber los grandes pecados

que nacen de estas que parecen cosas indiferentes, y que muchos padres desprecian como tales: y un cura prudente y celoso no se ha de contentar con dar sobre esto los avisos convenientes á los niños, sino que ha de inculcarlos principalmente á los padres, preguntándoles acerca de esto cuando van á confesar, y negándoles la absolucion, si se les hallase negligentes, y no quisiesen enmendarse. Esta doctrina tal vez la encontrarán un tanto severa algunos confesores; pero no serán ciertamente aquellos á quienes la práctica haya enseñado los vicios enormes que aprenden los niños y las niñas, ya durmiendo juntos, ya durmiendo en el mismo aposento que sus padres.

Á mas de esto, el cura ha de aprovechar cuantas ocasiones se le presenten, sea en el confesonario, sea en el catecismo, sea en casa, para inculcar á los niños las máximas siguientes: 1.^a que no hay cosa que un niño deba temer tanto como el pecado mortal; y que le fuera mucho mejor morir mil veces, antes que cometer uno solo. Y para que esta máxima penetre mas hondamente en su corazon, se la podrá acompañar con una sencilla, pero viva pintura de la fealdad del pecado y de sus funestos efectos, sobre todo el de la mala muerte y el del infierno, que serán su castigo: 2.^a que nada debe un niño amar tanto como la virtud; ya porque es fácil, agradable y ventajosa; ya porque llena de paz, alegría y contento al que la practica; ya porque Dios le tiene preparada una gran recompensa en el cielo: 3.^a que un niño ha de huir con sumo cuidado de malos compañeros, no ladeándose jamás con aquellos niños ó niñas que reniegan, hacen acciones feas, no guardan modestia en la iglesia, desobedecen á sus padres, ó son díscolos y mal educados: 4.^a que todo niño ha de ser muy devoto de María santísima, encomendándose á ella de todo corazon siempre que se levanta y se acuesta; que ha de ser muy

obediente á sus padres y superiores, honrándoles como á representantes del mismo Dios ; y que ha de asistir á las funciones religiosas que en las fiestas se hacen en la iglesia, estando fervoroso en la misa, atento en el catecismo, y modesto ante la suprema Majestad que reside en los altares. Con estas y otras semejantes máximas que el celo sugerirá á los curas, lograrán estos que los niños vayan acostumbrándose á los ejercicios propios de todo buen cristiano, y que desde sus primeros años comiencen á buscar el fin para el cual han sido criados.

PRIMERA COMUNION.

Como la primera comunión es la acción más grande de toda la vida, el cura ha de procurar que, tanto los niños como los demás fieles, formen de ella una idea muy alta y magnífica. Por aquí ha de comenzar, si quiere inducir á los niños á que se preparen para hacerla bien, y empeñar á sus padres á que contribuyan á esta preparación con sus oraciones, con sus exhortos y con la libertad que les deben dar para asistir al catecismo. Para esto será conveniente que el cura anuncie dicha comunión algunos días antes que se verifique, diciendo en la misa parroquial, que tal día está designado para la comunión de los que han de comenzar á recibirla aquel año, y que desea asistan á ella todos los feligreses que puedan, particularmente los padres, los municipales y las personas más distinguidas de la población ; y esto al objeto de dar á la función un aspecto más grande é imponente. Con este motivo podrá dirigir una breve alocución al pueblo, encargando que cada cual coopere á su modo á que los niños y las niñas que están designados para comulgar logren la dicha de hacer una comunión santa y fervorosa ; los padres instruyéndoles, los maestros exhortándoles, y los demás dirigiendo por ellos á Dios oraciones continuas y fervientes. Para inducirles á esto, y hacerles ver toda la grandeza de la ceremonia que se prepara, podrá aducir algunos textos de la sagrada Escritura que refieren algún pasaje análogo y aplicable al asunto, como aquel